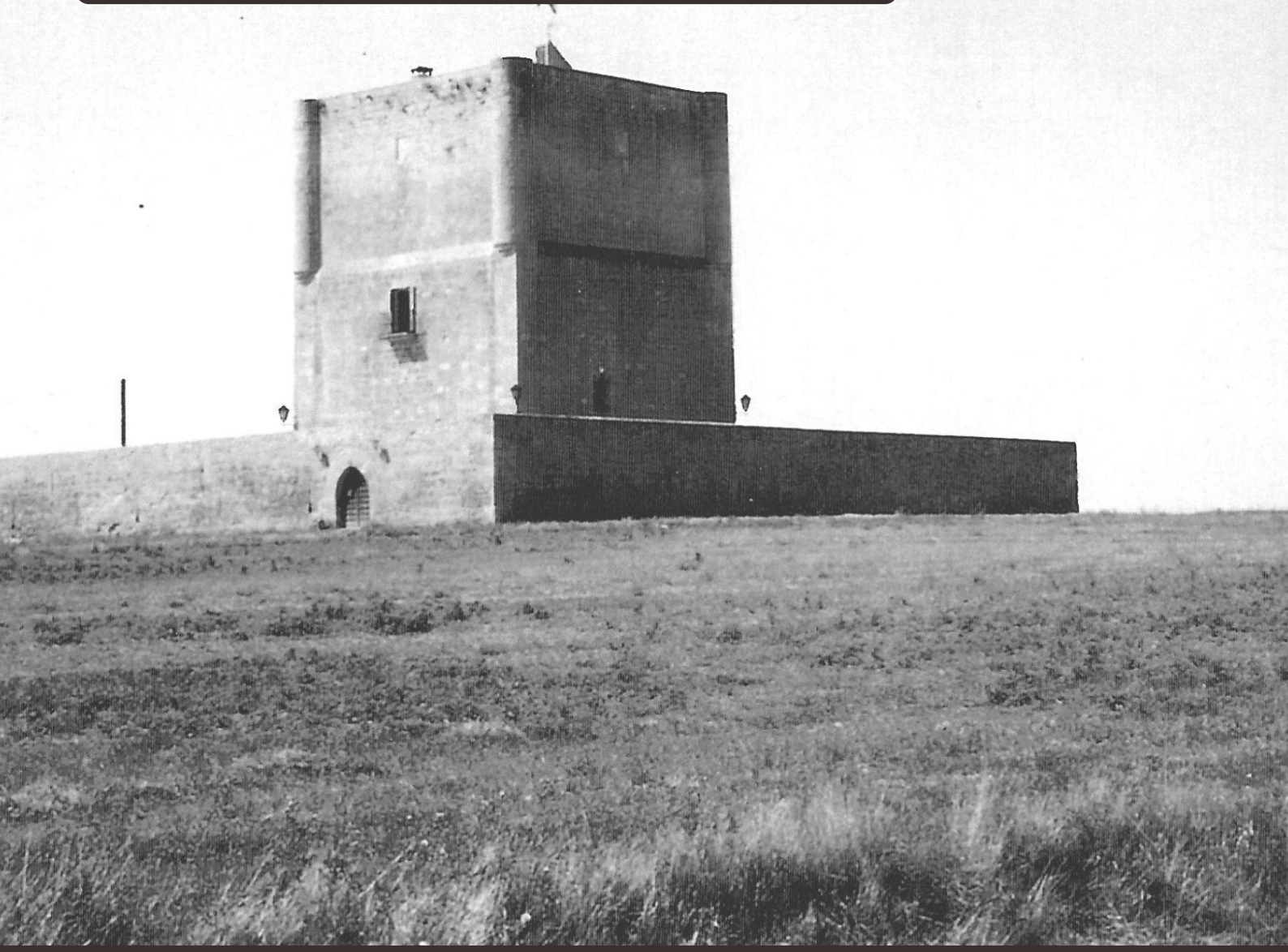
PATRIMONIO DE TIERRA DE CAMPOS



MEMORIA · TIERRA · COMPROMISO

Anastasio García Izquierdo

Una vida de esfuerzo, formación y patrimonio

LAS CABAÑAS DE CASTILLA / PALENCIA

EDICIÓN TURÍSTICA

HISTORIAS DE TIERRA DE CAMPOS

Hay vidas que se explican por los grandes acontecimientos que las atraviesan. Otras, en cambio, se comprenden mejor a través de la suma de pequeños esfuerzos, sacrificios silenciosos, decisiones valientes y sueños perseguidos durante años. La vida de Anastasio García Izquierdo pertenece a esta segunda categoría: la de quienes, partiendo de muy poco, construyen mucho; la de quienes convierten las dificultades en impulso y hacen de su trayectoria un ejemplo para todos los que tienen la fortuna de conocerla.

Anastasio nació en 1929 en Las Cabañas de Castilla, un pequeño pueblo de la provincia de Palencia. Vino al mundo en el seno de una familia humilde y numerosa, formada por doce hijos. Sin embargo, las duras circunstancias de aquella época hicieron que solo tres sobrevivieran. Anastasio fue el menor de todos ellos y, desde muy pequeño, tuvo que enfrentarse a una realidad marcada por la escasez, el esfuerzo y la pérdida. Apenas tuvo tiempo de conocer a algunos de sus hermanos antes de que la enfermedad y las dificultades se los arrebataran. Aquellas pérdidas, vividas durante su infancia, dejaron en él una huella profunda. Pero, lejos de rendirse, aprendió desde muy pronto que la vida exigía fortaleza. El dolor no lo convirtió en una persona amarga, sino en un hombre consciente del valor de la familia, del trabajo y de las oportunidades. Con el paso de los años, quienes lo conocieron lo describirían como un auténtico triunfador de la vida: un hombre luchador, trabajador, firme y dotado de una enorme fuerza de voluntad.

Anastasio —Tasio para su familia, sus amigos y sus paisanos— nunca aceptó una derrota como algo definitivo. Podía encontrar obstáculos, atravesar momentos difíciles o tener que empezar de nuevo, pero siempre terminaba buscando una salida. En él había una determinación especial, una voluntad que parecía crecer precisamente cuando las circunstancias se complicaban. Sabía que nadie iba a regalarle nada y que, para salir adelante, tendría que confiar en su esfuerzo y aprender todo lo posible.

También poseía una cualidad que lo acompañó durante toda su vida: sabía disfrutar. Su carácter trabajador y exigente no le impedía compartir los triunfos ni celebrar los buenos momentos con la familia y los amigos. Era capaz de luchar con intensidad, pero también de detenerse para conversar, reír, recordar y disfrutar de todo aquello que había conseguido. En su manera de vivir existía un equilibrio entre la ambición legítima de progresar y el deseo de compartir el camino con los demás.

Desde sus primeros años tuvo muy presentes sus orígenes castellanos. Nunca olvidó Las Cabañas de Castilla, sus paisajes, sus gentes ni las enseñanzas recibidas en aquel pequeño pueblo palentino. A lo largo de toda su vida habló de su tierra con orgullo y emoción. Palencia fue siempre su provincia querida, el lugar donde se encontraban sus raíces y al que regresaba, física o emocionalmente, una y otra vez.

01 / SECCIÓN

Los primeros aprendizajes

En aquella época, cuando los niños terminaban la escuela del pueblo, quienes querían continuar sus estudios tenían que desplazarse a la capital o ingresar en un seminario. Para una familia con pocos recursos, esa posibilidad resultaba prácticamente inalcanzable. Sin embargo, los padres de Anastasio comprendieron que su hijo tenía capacidades y deseos de aprender, y realizaron un esfuerzo extraordinario para que pudiera seguir formándose.

Gracias a su sacrificio, Anastasio comenzó a recibir clases de un maestro particular en el pueblo vecino. Aquellas enseñanzas fueron decisivas. No se trataba únicamente de adquirir conocimientos académicos, sino de descubrir que el estudio podía abrirle caminos distintos a los que parecía marcarle su origen. En una época en la que

muchos jóvenes del medio rural apenas tenían opciones para continuar su formación, cada lección representaba una oportunidad.

Al mismo tiempo, su padre comenzó a llevarlo con él a trabajar como ayudante en las obras que iban surgiendo. Anastasio conoció así, desde muy joven, la dureza del trabajo manual, la disciplina de los horarios y la responsabilidad de cumplir con una tarea. Aprendió a manejar herramientas, a observar los métodos de trabajo y a comprender los secretos de un oficio que, con los años, llegaría a dominar.

Pero también descubrió algo importante: aquel no era el futuro que deseaba para sí mismo. No porque despreciara el oficio de su padre, al que siempre respetó profundamente, sino porque comprendió que necesitaba formarse para aspirar a más. Quería entender la construcción desde una perspectiva técnica, adquirir conocimientos y tener la posibilidad de tomar sus propias decisiones. Sabía que, si deseaba cambiar el rumbo de su vida, debía aprender con rapidez y aprovechar cada ocasión.

Junto a su padre absorbió todo lo que pudo sobre el oficio. Observaba, preguntaba y ponía en práctica lo aprendido. Aquel conocimiento directo, adquirido en las obras, sería una base fundamental para el futuro. Pero Anastasio era consciente de que la experiencia práctica debía completarse con una preparación técnica. Por eso inició, por correspondencia, los estudios de maestro de obras.

Estudiar por correspondencia exigía una gran disciplina, en un entorno donde la única distracción era la taberna. No había profesores presentes cada día ni aulas a las que asistir. Era necesario organizarse, leer, comprender y resolver los ejercicios en los momentos disponibles. Para alguien que trabajaba y vivía en un entorno con recursos limitados, aquel esfuerzo demostraba una enorme voluntad. Anastasio no esperaba a que las circunstancias cambiaran por sí solas: él se preparaba para cambiarlas.

02 / SECCIÓN

El primer trabajo y una oportunidad decisiva

Con tan solo diecisiete años recibió su primer trabajo relacionado con la elaboración de presupuestos. Era muy joven, pero ya tenía la confianza suficiente para asumir responsabilidades. A partir de entonces comenzó a contratar ayudantes que le permitieran sacar adelante los encargos. Aquella etapa marcó el inicio de su trayectoria profesional y reveló una de sus características más importantes: su capacidad para asumir retos antes incluso de sentirse completamente preparado.

Su primera reforma fue para unos veraneantes de Madrid que acudían cada año a una finca del pueblo: don Joaquín López de Andújar y doña Isabel Cánovas del Castillo. La relación con ellos resultaría decisiva. No fueron únicamente sus primeros clientes importantes; también se convirtieron en personas que supieron reconocer sus progresos, confiar en sus capacidades y acompañarlo en distintos momentos de su vida.

Anastasio se sintió profundamente orgulloso de aquel trabajo. Para él significaba mucho más que una obra terminada. Era la confirmación de que podía abrirse camino mediante su esfuerzo. Cada presupuesto, cada decisión y cada dificultad superada contribuían a fortalecer su confianza.

Cuando cumplió veinte años, don Joaquín y doña Isabel lo animaron a trasladarse a Madrid. Allí se le presentó la posibilidad de entrar a trabajar en Agroman, una de las empresas constructoras más importantes de España. Comenzar no fue sencillo. Como tantos jóvenes que llegan a una gran ciudad con la esperanza de progresar, tuvo que empezar desde abajo y demostrar día a día su valía.

Madrid era muy diferente de Las Cabañas de Castilla. La ciudad ofrecía oportunidades, pero también imponía un ritmo exigente. Allí no bastaba con tener ilusión: había

que trabajar, aprender, adaptarse y perseverar. Anastasio aceptó el desafío. Desde el primer momento se entregó a su trabajo y pronto comenzaron a reconocer su esfuerzo, su capacidad y su sentido de la responsabilidad. Poco a poco fue ascendiendo y asumiendo nuevas obligaciones.

Pero no se conformó con trabajar. Desde el mismo día de su llegada a Madrid se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios, donde se impartían estudios de construcción. Las clases estaban a cargo de profesionales de gran prestigio, entre ellos el arquitecto municipal de Madrid, que también participaba en labores relacionadas con el mantenimiento de la catedral de la Almudena. Anastasio supo aprovechar cada enseñanza y cada experiencia.

Durante cuatro años combinó el trabajo con los estudios. Sus jornadas debieron de ser intensas, pero estaba acostumbrado al esfuerzo y sabía que aquella formación era la llave para avanzar. Mientras otros podían disponer de más tiempo o de mejores condiciones, él convirtió las horas libres en una oportunidad para seguir creciendo.

03 / SECCIÓN

La formación como camino de transformación

Una de las grandes constantes de su vida fue la formación. Anastasio entendió que estudiar no era solamente obtener títulos, sino adquirir libertad. Cada conocimiento le permitía depender menos de las circunstancias y ampliar sus posibilidades. Por eso, además de los estudios de construcción, completó su formación con el bachillerato.

En su tiempo libre leía, estudiaba y acudía al teatro. No lo hacía por simple entretenimiento, aunque también sabía disfrutar de las representaciones, sino porque quería enriquecer su cultura y su manera de comprender el mundo. La gran ciudad le ofrecía posibilidades que no existían en su pueblo y él supo acercarse a ellas con curiosidad.

Su vida personal también le proporcionaba estabilidad. Su novia, Teodora González Linares, era del mismo pueblo. La distancia no rompió aquella relación. Anastasio había dejado Las Cabañas para intentar progresar, pero nunca dejó atrás a las personas que amaba. Teodora se convirtió en su compañera de vida y, años después, en el gran apoyo de sus proyectos familiares, laborales y empresariales.

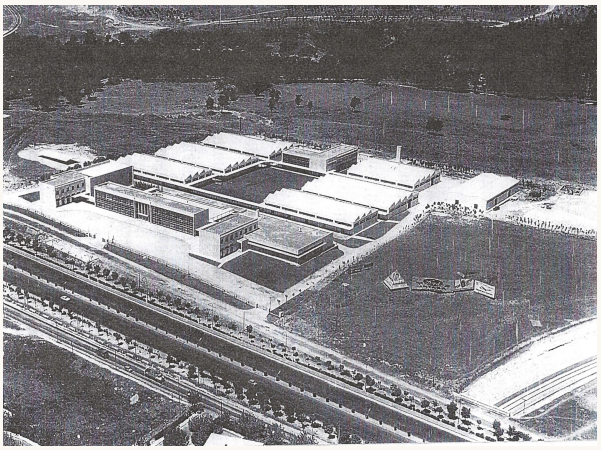
Dos años después de aprobar la oposición que cambiaría su trayectoria, Anastasio regresó a su pueblo para casarse.

04 / SECCIÓN

Tasio, un hombre al servicio de la formación y del progreso

Cuando Tasio con tan solo 25 años aprobó la oposición de Monitor en la rama de Construcción junto con varios de sus compañeros, todos ellos compartían una misma ilusión: continuar formándose y ampliar sus conocimientos para afrontar con mayores garantías el futuro profesional que comenzaban a construir. Por eso decidieron matricularse en la Escuela de Aparejadores, convencidos de que la preparación y el esfuerzo eran las mejores herramientas para abrirse camino en una España que empezaba a transformarse profundamente.

Sin embargo, el destino tenía para Tasio otros planes. Al poco tiempo de incorporarse a sus estudios, fue nombrado subdirector y jefe de estudios del centro en el que trabajaba. Aquella responsabilidad no era menor. Se le encomendó, además, la organización y puesta en marcha del nuevo centro que se estaba construyendo en Madrid: el Centro número 1 de Barajas.



Centro número 1 de Barajas: fotografía incluida en el documento

El Centro de Formación Profesional Acelerada número 1 de Barajas se convertiría, con el paso de los años durante varias décadas, en uno de los centros más importantes de esta red. La Formación Profesional Acelerada (FPA) —dependiente del Ministerio de Trabajo— había nacido como un programa estatal destinado a capacitar rápidamente a trabajadores y desempleados. Era una iniciativa gubernamental de enorme importancia, en un momento clave especialmente en una España inmersa en pleno proceso de industrialización y sobre todo para la España rural, que necesitaba urgentemente mano de obra preparada para responder ante las nuevas demandas de la industria y de la construcción.

La Formación Profesional Acelerada representó una oportunidad extraordinaria para miles de adultos y jóvenes. Su modelo educativo era intensivo y eminentemente práctico. Permitía que muchas personas, que no habían tenido la posibilidad de realizar estudios prolongados, adquirieran en poco tiempo una especialización con la que pudieran incorporarse al mercado laboral, mejorar sus condiciones de vida y contribuir al desarrollo económico del país. Tasio comprendió desde el primer momento la trascendencia de aquella misión. No veía el centro únicamente como un lugar donde se impartían clases o se aprendía un oficio. Para él, era una puerta abierta al futuro. Cada alumno que llegaba llevaba consigo una historia, unas dificultades y, sobre todo, una esperanza. Tasio sabía reconocer esa esperanza porque él también había tenido que marcharse de su tierra, luchar y abrirse camino lejos de su pueblo.

Amaba profundamente su tierra y quería lo mejor para ella y para sus gentes. Por eso, cada vez que llegaba un palentino al centro, procuraba ayudarle. Se interesaba por su situación, le orientaba y le animaba a prepararse para superar las pruebas de acceso. Después, seguía de cerca su evolución durante los cursos. No se limitaba a cumplir con sus obligaciones profesionales: se implicaba personalmente en el futuro de aquellos jóvenes.

Llegaron a decirle, medio en broma y medio en serio, que en su provincia tendrían que hacerle un monumento por la cantidad de estudiantes a los que había apadrinado y tutelado. La frase reflejaba una realidad muy profunda.

> *Tasio no solo enseñaba; acompañaba. No solo dirigía; alentaba. No sólo organizaba un centro; ayudaba a transformar vidas.*

Cuando regresaba en verano a disfrutar de unos días en su pueblo, aprovechaba cualquier ocasión para hablar con los jóvenes de su tierra. Les explicaba las posibilidades que ofrecían los cursos de Formación Profesional Acelerada y les animaba a no resignarse a la falta de oportunidades. Les insistía en que aprender un oficio podía abrirles un camino distinto, permitirles regresar después a sus pueblos y trabajar para empresarios de la zona o, incluso, crear sus propias empresas.

Tasio soñaba con una tierra en la que sus jóvenes no tuvieran que marcharse obligatoriamente a las grandes ciudades para encontrar un futuro. Quería que pudieran formarse, especializarse y volver para poner sus conocimientos al servicio de sus familias y de sus comunidades. Algunos podrían trabajar como electricistas, constructores, mecánicos o especialistas en distintas ramas; otros tendrían la posibilidad de

emprender y convertirse en pequeños empresarios. Cada regreso suponía una esperanza para un pueblo y una oportunidad para mantener viva la vida rural.

Su labor fue especialmente importante en un momento en el que la despoblación comenzaba a afectar de manera intensa a muchas zonas de Castilla y León. La emigración hacia Madrid, Barcelona, Bilbao u otras ciudades industriales parecía, para muchas familias, la única salida posible. Tasio intentó demostrar que la formación podía convertirse en una alternativa. Si los jóvenes aprendían una profesión y encontraban oportunidades cerca de sus hogares, podían contribuir al progreso de sus provincias sin verse obligados a abandonar definitivamente sus raíces.

En ese sentido, su trabajo ayudó a numerosas familias palentinas. A través de la educación y de la orientación, facilitó que muchos jóvenes pudieran incorporarse al mundo laboral, mejorar su posición social y participar activamente en el desarrollo de su provincia. Quizá no siempre fue consciente de la dimensión de su labor, pero cada alumno que encontraba empleo, cada joven que regresaba a su pueblo y cada familia que veía mejorar su futuro constituían una parte de su legado.

El Centro número 1 de Barajas (Madrid) se convirtió, con el tiempo, en un pilar fundamental de la educación técnica en España. Sus instalaciones fueron emblemáticas, su modelo de enseñanza intensivo sirvió de referencia y su evolución acabaría conduciendo hacia lo que hoy conocemos como un centro público de Formación Profesional. Tasio tuvo el privilegio y la responsabilidad de participar en sus primeros pasos, cuando todo estaba por organizar y cuando cada decisión contribuía a levantar algo que tendría una enorme repercusión en la vida de muchas generaciones.

En el recuerdo familiar siempre quedará esta anécdota simpática: Al llegar a casa, siempre encontraba una sorpresa esperándo. Eran los padres de sus alumnos, que acudían con sonrisas sinceras para agradecerle la dedicación y el cariño que había brindado a sus hijos. Cada visita estaba acompañada de palabras afectuosas, recuerdos entrañables y, como conocían su pasión por la gastronomía local, una cesta rebosante de cangrejos de río, nunca faltaban en su cocina: frescos, brillantes, recién capturados. Con ellos Teodora preparaba guisos aromáticos que reunían a toda la familia alrededor de la mesa. Así, entre agradecimientos y sabores de la tierra, descubría que su labor también alimentaba corazones.

Fue muy importante esta labor a la hora de frenar la despoblación de nuestra tierra.

05 / SECCIÓN

Construir un futuro

Pero su historia no se limitó a la educación. En su escaso tiempo libre, Tasio también realizaba algunas reformas y trabajos relacionados con la construcción. Era una persona inquieta, trabajadora y emprendedora. En una de esas obras, uno de sus clientes le propuso asociarse con él y con otro socio, también palentino, para iniciar una actividad empresarial. Aquella propuesta marcaría el comienzo de una nueva etapa.

Corría el año 1965 cuando Tasio se adentró en el mundo empresarial. No fue una decisión improvisada, sino el resultado natural de muchos años de trabajo, aprendizaje y observación. Conocía profundamente el sector de la construcción, había adquirido experiencia técnica y organizativa y, además, poseía una visión muy clara de lo que quería hacer. Le atraía la posibilidad de crear, de levantar edificios, de transformar espacios y de participar directamente en el crecimiento de una ciudad que no dejaba de expandirse.

Por entonces ya estaba casado con su novia de juventud, Teodora González Linares. Ella había permanecido en su pueblo cuando Tasio se marchó siendo muy joven a Madrid con la intención de progresar. Después, él regresó para casarse con ella y juntos comenzaron una nueva vida en la capital. Teodora se convirtió en su compañera inseparable y en uno de los pilares esenciales de su trayectoria.

Formaron en Madrid una familia estable, unida y afectuosa. La familia fue su gran apoyo en aquellas aventuras laborales y empresariales. No siempre debió de

ser fácil compaginar las responsabilidades del Centro de Formación Profesional Acelerada, el trabajo en la empresa constructora y promotora y la vida familiar. Sin embargo, con el respaldo de Teodora y de sus hijos, Tasio pudo afrontar los retos de cada etapa. La familia conocía sus preocupaciones, sus proyectos y sus sueños, y aprendió a compartir con él tanto los momentos de incertidumbre como las satisfacciones.

Durante un tiempo continuó desempeñando su labor como subdirector del Centro de Formación Profesional Acelerada mientras participaba también en la actividad de la empresa constructora y promotora. Su vida se dividía entre la educación y la construcción, entre la formación de personas y la creación de edificios. Ambas facetas tenían algo en común: en las dos estaba contribuyendo a levantar el futuro.

Con el paso del tiempo llegó el momento de disolver y liquidar aquella primera sociedad con sus socios. Como sucede en muchas trayectorias empresariales, hubo que cerrar una etapa para poder iniciar otra. Tasio afrontó aquel cambio con serenidad y determinación. La experiencia adquirida, los conocimientos acumulados y la confianza en sus propias capacidades le permitieron seguir adelante.

Así, poco a poco, fue dando forma a su propio proyecto hasta crear, en 1975, su empresa constructora y promotora. Aquella empresa representaba mucho más que una actividad económica. Era la expresión de una vocación, de una manera de entender el trabajo y de un deseo constante de construir algo duradero. Tasio no solo quería levantar viviendas o edificios; quería crear espacios que permanecieran, que fueran útiles y que formasen parte de la vida de las personas. Sus 3 hijos tuvieron la suerte de seguir sus pasos en el mundo de la arquitectura, el diseño y la construcción, tuvimos un gran maestro. Y aprendimos a enamorarnos de cada proyecto.

Siempre fue un soñador de los monumentos y de los edificios emblemáticos. Esa pasión estaba presente en su forma de mirar el mundo. Le gustaba visitar monumentos, castillos, iglesias, palacios y museos. Se detenía ante las fachadas, observaba los detalles, admiraba las estructuras y se interesaba por la historia que cada construcción encerraba.

Aquella afición nos hizo partícipes a todos los miembros de la familia. Las visitas no eran simples recorridos turísticos. Para Tasio, cada monumento era una lección y una fuente de inspiración. Nos

enseñaba a mirar con atención, a valorar la belleza, la historia y el esfuerzo de quienes habían levantado aquellas obras. Nos transmitió el respeto por el patrimonio y la admiración por las personas capaces de convertir una idea en una construcción que podía resistir el paso del tiempo.

06 / SECCIÓN

El castillo que habitaba en su memoria

Por eso es comprensible que, desde su niñez, sintiera una profunda admiración por el castillo de su pueblo. No era para él una construcción más, ni una simple silueta recortada contra el horizonte de Tierra de Campos. El castillo formaba parte de su paisaje interior, de sus primeros recuerdos y de esa memoria íntima en la que se mezclan la infancia, la tierra natal y el sentimiento de pertenencia. Desde que era niño, sus piedras le hablaban de un pasado lejano, de generaciones que habían vivido bajo su protección y de una historia que, pese al paso del tiempo, seguía latiendo entre sus muros.

La arquitectura del castillo de Las Cabañas de Castilla constituye una auténtica obra maestra de ingeniería y belleza. Su presencia, recia y serena, se alza como un testimonio de la capacidad de quienes lo levantaron hace siglos, cuando las herramientas y los medios técnicos eran muy distintos de los actuales. Cada piedra, cada arco y cada tramo de muro revelan el esfuerzo, la inteligencia y la paciencia de aquellos constructores que supieron desafiar el tiempo.

Sin embargo, durante años el castillo quedó abandonado a su suerte por los descendientes de la vizcondesa doña Margarita Bustamante y Pinto. La falta de cuidado y mantenimiento abrió la puerta a un lento proceso de deterioro. El edificio sufrió diversos actos de vandalismo y varios incendios que destruyeron las vigas de madera. A ello se sumaron las humedades, que afectaron gravemente al tapial de la bóveda. El daño fue especialmente peligroso porque, aunque el exterior de las paredes estaba construido en piedra, su interior era de tapial: un material muy duro y resistente en condiciones adecuadas, pero que se debilita progresivamente cuando entra en contacto con el agua.

Las consecuencias fueron dramáticas. Las paredes comenzaron a derrumbarse poco a poco y la bóveda, apoyada precisamente sobre aquel tapial dañado, estuvo a punto de hundirse. La desaparición del castillo parecía una posibilidad cercana y dolorosa. No se trataba únicamente de perder un edificio antiguo; con él habría desaparecido una parte esencial de la identidad de Las Cabañas de Castilla y de la memoria colectiva de sus habitantes.

Entre los elementos más admirables del conjunto se encuentra su bóveda ojival, sostenida por arcos fajones. Su perfección constructiva conmueve a quien la contempla. Realizada hace 575 años, cuando todavía no existían los recursos técnicos de los que hoy disponemos, demuestra el extraordinario conocimiento de la arquitectura medieval. En sus líneas se unen la utilidad y la belleza: la estructura cumple su función, pero también eleva la mirada y provoca asombro. Contemplar aquellos arcos es acercarse al talento de hombres que, sin maquinaria moderna, lograron crear una obra capaz de resistir durante siglos.

La historia del castillo cambió en 1982, gracias a Anastasio García Izquierdo y a su esposa, Teodora González Linares, ambos nacidos en Las Cabañas de Castilla. Su decisión de adquirirlo significó mucho más que una operación patrimonial: fue un acto de amor hacia su pueblo y hacia la historia que ambos llevaban dentro. Anastasio, técnico y experto en construcción, puso sus conocimientos, su esfuerzo y una enorme entrega personal al servicio de la rehabilitación.

Con paciencia, perseverancia y una voluntad admirable, logró rehabilitar la torre y consolidar su estructura. Su intervención evitó que el castillo desapareciera definitivamente y permitió preservar un testimonio fundamental del patrimonio histórico local. Allí donde otros sólo podían ver ruinas y dificultades, Anastasio supo reconocer una responsabilidad y una esperanza. Junto a Teodora, consiguió devolverle al castillo la posibilidad de seguir contando su historia a las generaciones futuras.

Las Cabañas de Castilla conserva la imagen de un pueblo profundamente ligado a la Tierra de Campos: sobrio en sus formas, recio en sus materiales y abierto a un paisaje sin límites. Su iglesia, sus casas de adobe, sus pozos y sus calles rectas forman un conjunto en el que la historia y la vida rural permanecen estrechamente unidas. Es un pueblo que no necesita artificios para expresar su personalidad. Su belleza nace precisamente de la sencillez, de la fuerza de sus construcciones y de la amplitud de sus campos. Ese carácter sobrio y recio parece reflejar también muchas de las cualidades tradicionalmente asociadas al pueblo palentino: la fortaleza silenciosa, la constancia, el compromiso y una profunda lealtad a la tierra. No es una fortaleza estridente, sino una manera firme de permanecer, de resistir las dificultades y de cuidar aquello que merece ser protegido.

Anastasio fue siempre una persona activa, inquieta y profundamente vinculada a sus raíces. Desde siempre le gustó acudir a la "Casa de Palencia", donde podía compartir algún rato con sus paisanos, conversar sobre la tierra común y mantener vivos los lazos con quienes, como él, sentían orgullo por su origen. Aquellos encuentros no eran únicamente espacios de reunión; eran también lugares de memoria, amistad y reconocimiento mutuo.

Más tarde entraría a formar parte de la "Asociación de Amigos de los Castillos de España", impulsado por la misma pasión que había guiado la recuperación del castillo de su pueblo. Su pertenencia a esta asociación

reflejaba su deseo de contribuir a la defensa y conservación de un patrimonio que consideraba de todos. Para él, los castillos no eran únicamente vestigios del pasado, sino documentos vivos que hablaban de la historia, de la arquitectura y de las personas que los habitaron.

También estuvo muy implicado en “Encuentros Palentinos", donde participó activamente junto a Álvaro M. y Santiago Álvarez-Barón, grandes luchadores por la defensa de sus paisanos palentinos. Con ellos compartió inquietudes, proyectos y la voluntad de mantener unida a la comunidad palentina, incluso lejos de su tierra. Su participación demostraba que el amor por un pueblo puede convertirse en compromiso y que la defensa de la identidad no se limita a las palabras, sino que exige presencia, trabajo y generosidad.



Encuentros Palentinos: imagen original del artículo

Anastasio, formó parte del Comité Directivo de “Encuentros Palentinos" en su 2ª etapa junto a Alvaro Marirrodriga y Santiago Alvarez-Barón.

07 / SECCIÓN

Una herencia para las generaciones futuras

La historia de Anastasio y Teodora está, por tanto, inseparablemente unida a la del castillo. Gracias a ellos, sus muros no se convirtieron en un recuerdo perdido ni en una ruina condenada al silencio. El castillo continúa en pie, contemplando el paisaje de Tierra de Campos y guardando entre sus piedras la huella de quienes lo construyeron, de quienes lo abandonaron y de quienes lucharon por salvarlo.

Y quizá esa sea la mayor lección de esta historia: los monumentos sobreviven cuando alguien decide amarlos. Un castillo puede resistir siglos de frío, viento y lluvias, pero necesita también la voluntad de una persona que lo mire no como una carga, sino como un legado. Anastasio comprendió que salvar el castillo era salvar una parte de su pueblo y, en cierto modo, una parte de sí mismo.

Por eso es comprensible que lo admirara desde niño. Porque aquel castillo no era solo piedra, tapial, madera y bóvedas. Era su infancia, su paisaje, sus raíces y la memoria viva de Las Cabañas de Castilla.

Actualmente, el Castillo se ha convertido en un auténtico referente para la promoción de la comarca. Sus muros no solo acogen actividades culturales y encuentros como los organizados por la Asociación Encuentros Palentinos de Madrid y Palencia que tiene aquí su sede, sino que también se han consolidado como un poderoso foco de atracción turística.

Hoy en día, sus hijos en memoria de su padre, quieren mantener presente la imagen y el recuerdo de Tasio para lo que organizan acontecimientos para mantener viva la historia del castillo y por ese motivo se organizan en la campa del Castillo las Jornadas Medievales. También se puede disfrutar en la campa del castillo del Festival de “La Ladra”, un espectáculo de naturaleza y tradición rural que gira en torno a la ladra del corzo todo organizado por el C.I.T. Centro de Iniciativas Turísticas Canal de Castilla Sirgas Peregrinas.

Es importante recordar al Profesor Fuentes Quintana cuando decía: «El futuro de nuestra Provincia depende de Nuestros Hombres, de nuestro espacio y de nuestra historia».

Por lo que debemos seguir manteniendo viva esa ilusión que tenía Anastasio por el progreso de su tierra, igual que luchó por frenar la despoblación de nuestra tierra ayudando a formar a muchos jóvenes palentinos.

Como vemos su vida estuvo siempre marcada por el esfuerzo, la constancia y el sacrificio, muy identificada con el carácter palentino que define a esta tierra de Palencia.

Montserrat Garcia Gonzalez

CUADERNO VISUAL / PATRIMONIO

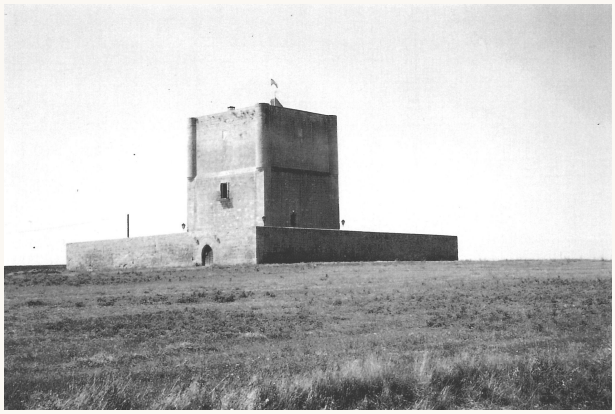
El legado continúa



Recreaciones medievales celebradas en el entorno del castillo

La fortaleza recuperada por Anastasio García Izquierdo y Teodora González Linares sigue vinculada a la vida cultural del pueblo y a su memoria colectiva.

MEMORIA GRÁFICA



El castillo de Las Cabañas en una fotografía histórica



Actividad cultural y recreación histórica junto al castillo